

porque se pierde una de las mas bellas facultades del espíritu.

En Versalles se han reunido las grandezas de la edad religiosa de la Francia. Apenas ha trascurrido un siglo, y esos bosquecillos que resonaban con el estruendo de las fiestas, se ven únicamente animados por la voz de la cigarra y del ruiseñor. Ese palacio, que puede ser considerado como una vasta ciudad; esas escaleras de mármol que parecen subir á las nubes; esas estatuas, esos estanques y esos bosques, se muestran hoy ó ruinosos ó cubiertos de musgo, ó secos ó derribados; y no obstante, nunca esta régia mansion ha parecido mas pomposa ni menos solitaria. Todo estaba vacío en otro tiempo en esos lugares, pues la pequeñez de la corte anterior (antes de tener en su favor la grandeza de su infortunio), parecía hallarse fuera de su centro en los vastos recintos de Luis XIV.

Cuando el tiempo ha dado un golpe de muerte á los imperios, algun nombre grande se identifica con sus despojos y los cubre con su prestigio. Si la noble miseria del guerrero sucede actualmente en Versalles á la magnificencia de los patios; si los cuadros de milagros y de mártires han sido reemplazados por profanas pinturas, ¿por qué habria de ofenderse la sombra de Luis XIV? Este monarca dió lustre á la Religión, á las artes y al ejército; y se ve con placer que las ruinas de su palacio sirven de abrigo á las ruinas del ejército, de las artes y de la Religión.

CAPITULO VIII.

De los templos góticos.

Cada cosa requiere su puesto: verdad trivial, en fuerza de ser tan repetida, pero sin la cual nada puede llegar á la perfeccion. Un templo egipcio en Atenas no hubiera agrado mas á los griegos, que un templo griego en Memfis á los egipcios. Si estos dos monumentos cambiasen de lugar, perderian su principal hermosura, ó lo que es lo mismo, sus relaciones con las instituciones y las costumbres de entrambos pueblos. Aplicamos esta reflexion á los monumentos del Cristianismo. Y es digno de notarse que en este siglo incrédulo los poetas y novelistas se complacen en retroceder naturalmente á las costumbres de nuestros antepasados, en introducir en sus ficciones los subterráneos, los fantasmas, los castillos y los templos góticos; ¡tan poderoso es el encanto de los recuerdos que se enlazan con la Religión y la historia de la patria! Las naciones no se despojan de sus tradicionales costumbres, cual de un antiguo vestido. Púedéseles arrancar alguna parte de él, pero quedan girones que forman un absurdo contraste con los nuevos vestidos.

En vano se construirán templos griegos, muy elegantes y bien iluminados para reunir el pueblo de San Luis, y hacerle adorar á un Dios metafísico, pues siempre echará de menos esas *Nuestra Señora* de Reims y de París; esas enmohecidas basílicas llenas de las generaciones que fueron y de las almas de sus padres; siempre recordará el sepulcro de algun señor de Montmorency, sobre el que acostumbraba arrodillarse durante la misa, sin olvidar las sagradas fuentes á que fue llevado al nacer. Sucede así, porque todo esto está esencialmente enlazado con nuestras costumbres; porque un monumento no es digno de veneracion sino en cuanto está impresa en sus bóvedas, ennegrecidas por los siglos, una larga historia de lo pasado. Hé aquí porque nada hay de maravilloso en un templo que hemos visto construir, y cuyos ecos y cúpulas se han formado á nuestra vista. Dios es la ley eterna: su origen, pues, y todo lo que á su culto concierne, debe perderse en la noche de los tiempos.

No es posible entrar en una iglesia gótica sin experimentar cierta conmocion y un vago sentimiento de

la Divinidad. El espíritu se ve repentinamente trasladado á los tiempos en que los cenobitas, despues de haber meditado en los bosques de sus monasterios, iban á postrarse ante el altar á cantar las alabanzas del Señor, en la calma y el silencio de la noche. La antigua Francia parecía resucitar; creíase ver aquellos extraños trajes, aquel pueblo tan diferente de lo que es actualmente, y venian á la memoria sus revoluciones, sus trabajos y sus artes. Cuanto mas distaban de nosotros esos tiempos, mas mágicos nos parecian; mas nos llenaban de esos pensamientos que terminan siempre con una reflexion acerca de la nada del hombre y la celeridad con que trasurre la vida.

El órden gótico, á pesar de sus proporciones bárbaras, tiene una hermosura peculiar.

Los bosques han sido los primeros templos de la Divinidad, y en ellos han tomado los hombres las primeras nociones de la arquitectura. Este arte ha debido, por consiguiente, variar segun los climas. Los griegos torcieron la elegante columna corintia en su capitel de hojas, sobre el modelo de la palmera. Los enormes pilares del antiguo estilo egipcio representan el sicomoro, la higuera oriental, el banano y la mayor parte de los árboles gigantescos del Africa y del Asia.

Los bosques de las Galias pasaron á su vez á los templos de nuestros padres; nuestros bosques de encinas conservaron de este modo su origen sagrado. Esa bóveda en que el cincel ha trazado espesos follajes; esos piés derechos que sostienen las paredes y terminan bruscamente á manera de troncos rotos; la frescura de las bóvedas, las tinieblas del santuario, las naves oscuras y las puertas bajas, retratan los laberintos de los bosques en la iglesia gótica; todo hace sentir el religioso horror, los misterios y la Divinidad. Las dos soberbias torres, colocadas á la entrada del templo, descuellan sobre los olmos y los tejos del cementerio, y producen un efecto pintoresco destacándose sobre el vivo azul del cielo. Ora el sol naciente ilumina sus gemelos vértices; ora se muestran coronados con un magnífico capitel de nubes; ora aumentados á través de una atmósfera vaporosa. Los mismos pajarillos parecen equivocarse y tomarlas por los árboles de sus bosques; las cornejas revolotean sobre sus calados remates y posan en sus galerías. Súbitamente resuenan confusos rumores en sus alturas y ahuyentan á las asustadas avejillas. Aspirando á gloria mayor que la de construir bosques, el arquitecto cristiano ha querido imitar en cierto modo sus murmullos; y por medio del órgano y del suspendido bronce ha unido al templo gótico hasta el rumor de los vientos y de los truenos que ruedan sordos en la profundidad de los bosques. Los siglos, evocados por aquellos religiosos sonidos, levantan su decrepita voz en el seno de las piedras, y suspiran melancólicos en la espaciosa basílica; el santuario muge como la caverna de la antigua sibila; y mientras el bronce se columpia con estruendo sobre la cabeza del creyente, los abovedados subterráneos de la muerte enmudecen profundamente á sus piés.

LIBRO DÉCIMO.

Filosofía.

CAPITULO PRIMERO.

Astronomía y Matemáticas.

CONSIDEREMOS ahora los efectos del Cristianismo en la literatura en general. Esta puede ser clasificada en estos tres principales ramos: Filosofía, Historia y Eloquencia.

Entendemos aquí por Filosofía el estudio de toda clase de ciencias.

El lector verá que al defender la Religión, no atacamos la sabiduría, pues estamos muy lejos de confundir el orgullo sofisticado con los sanos conocimientos del espíritu y del corazón. La verdadera filosofía es la inocencia de la vejez de los pueblos, cuando han cesado de tener virtudes por instinto, y las tienen por razon; esta segunda inocencia es menos segura que la primera, pero cuando se puede llegar á ella, es mas sublime.

Sea cual fuere el punto de vista bajo que se considere el culto evangélico, se ve que engrandece el pensamiento y que es adecuado á la expansion de los sentimientos. Sus dogmas no se oponen en las ciencias á ninguna verdad natural; su doctrina no prohíbe ningun estudio. Entre los antiguos, un filósofo encontraba siempre alguna divinidad en su camino, y era condenado bajo pena de muerte ó de destierro por los sacerdotes de Apolo, á ser mirado como un visionario toda su vida. Pero como el Dios de los cristianos no ha elegido por su estrecha morada un sol, ha entregado los astros á las vanas investigaciones de los sabios: *Ha puesto el mundo á su vista, como un estímulo á sus disputas.* El físico puede pesar el aire en su tubo, sin temor de ofender á Juno. No de los elementos de nuestro cuerpo, sino de las virtudes de nuestra alma, nos pedirá cuenta un día el Juez Supremo.

Sabemos que se nos citarán algunas bulas de la Santa Sede, ó algunos decretos de la Sorbona, que condenan este ó aquel descubrimiento filosófico; pero ¡cuántas decisiones de la corte de Roma pudieran citarse tambien en favor de estos mismos descubrimientos! ¿Es esto decir otra cosa sino que los sacerdotes son hombres como nosotros, y que se han mostrado mas ó menos instruidos, segun el curso natural de los siglos? Basta que el Cristianismo, como institucion, nada pronuncie contra las ciencias, para que sostenamos con fundamento nuestro primer aserto.

Por lo demás, observemos que la Iglesia ha protegido casi siempre las artes, aunque algunas veces ha desalentado los estudios abstractos, mostrando en esto su acostumbrada sabiduría. En vano se atormentarán los hombres, puesto que nunca entenderán la naturaleza, porque no son ellos los que han dicho al mar: *Llegarás hasta aquí, no avanzarás mas, y aquí se estrellará el orgullo de tus olas.* Los sistemas se sucederán eternamente, pero la verdad permanecerá siempre ignorada: *¿Por qué no abre un día la naturaleza su seno?* exclama Montaigne; *¡Oh Dios! ¡qué de errores, qué de falsos juicios hallaríamos en nuestra escasa ciencia!*

Los antiguos legisladores, de acuerdo en este punto, como en otros muchos, con los principios de la religion cristiana, se oponian á los filósofos, y colmaban de honores á los artistas. Esas pretendidas persecuciones del Cristianismo contra las ciencias, deben, pues, extenderse á los antiguos, en quienes, sin embargo, reconocemos tanta sabiduría. El año de Roma 591, el senado expidió un decreto en que se desterraba de la ciudad á los filósofos; y seis años despues, Caton se apresuró á proscribir á Carneades, embajador de los atenienses, por temor, decia, de que la juventud perdiese la sencillez de las costumbres antiguas, aficionándose á las sutilezas de los griegos. Si el sistema de Copérnico fue desconocido de la corte de Roma, ¿no le cupo igual suerte entre los griegos? «Aristarco, dice Plutarco, opinaba que los griegos debian condenar jurídicamente á Cleanto de Samos por blasfemo y como dislocador del centro del universo; tanto mas, cuanto que tratando de salvar las apariencias, suponía que el cielo permanecía inmóvil y que la tierra se movía por el círculo oblicuo del zodiaco, girando en derredor de su eje.»

Pero tambien es cierto que la moderna Roma se mostró mas sabia, puesto que el mismo tribunal eclesiástico que condenó primero el sistema de Copérnico, permitió seis años despues enseñarlo como hipótesis. Por otra parte, ¿debían esperarse mas conocimientos astronómicos de un sacerdote romano que de Tycho-Brahé, que continuaba negando el movimiento de la tierra? Por último, un papa Gregorio, reformador del calendario; un monge Bacon, quizá inventor del telescopio; un cardenal Cuza y un sacerdote Gassendi, ¿no han sido, ó los protectores ó las antorchas de la astronomía?

Platon, genio tan apasionado por las ciencias sublimes, dice terminantemente en una de sus mejores obras, *que los estudios elevados no son útiles á todos, sino tan solo á un reducido número;* y añade esta reflexion, robustecida por la experiencia: «Una ignorancia absoluta no es el mal mayor ni el mas temible; lo es mucho mas un cúmulo de conocimientos mal digeridos.»

Así, pues, si la Religión hubiese menester de justificacion respecto de este asunto, no careceríamos de autoridades entre los antiguos, ni aun entre los modernos. Hobbes ha escrito muchos tratados para probar la incertidumbre de la ciencia mas cierta de todas, es decir, de las matemáticas. En el que há por título: *Contra Geometras, sive contra phastum Professorum*, censura una á una las definiciones de Euclides, y patentiza lo que tienen de falso, de vago ó de caprichoso. Es de notar la manera con que se anuncia: *Itaque per hanc epistolam hoc ago ut ostendam tibi non minorem esse dubitandi causam in scriptis mathematicorum, quam in scriptis phisicorum, ethico-rum, etc.* «Te haré ver en esta carta que no hay menor causa de duda en los escritos de los matemáticos, que en los de los físicos, moralistas, etc.»

Bacon se expresa con un lenguaje aun mas enérgico contra las ciencias, pareciendo que adopta su defensa. En concepto de este eminente varon, está probado que una ligera tintura de filosofía, puede inducir al hombre á desconocer á Dios, pero que un saber profundo le acerca á él.

Si esta idea es verdadera, ¡cuán terrible es! porque por cada genio capaz de llegar á esa plenitud de saber exigida por Bacon, y en la que, segun Pascal, se tropieza en otra ignorancia, ¡cuántas medianías no la alcanzarán jamás, y permanecerán en esas nubes de la ciencia que ocultan la Divinidad!

El orgullo será siempre triste causa de perdicion para la multitud, pues nunca se logrará persuadirla de que ignora todo, cuando cree saber todo. Solo los grandes hombres pueden apreciar ese último punto de los conocimientos humanos, en que vemos con dolor desvanecerse los tesoros que habíamos allegado, y en que tornamos á encontrarnos á merced de nuestra origen: ¡pobreza. Y ved aquí el por qué la mayoría de los sabios ha opinado que los estudios filosóficos son asaz peligrosos para el vulgo. Locke consagra los tres primeros capítulos del cuarto libro de su *Ensayo acerca del entendimiento humano*, á precisar los límites de nuestra inteligencia, harto tristes en verdad, por ser tan estrecho el círculo que abrazan. Oigámosle:

«Hallándose nuestra mente circunscrita en tan reducida esfera como he demostrado, acaso no será supérfluo, para mejor apreciar el actual estado de nuestro espíritu... conocer nuestra ignorancia, lo que... puede servir de mucho para dar fin á las disputas... si, despues de haber descubierto hasta qué punto tenemos ideas claras... no descendemos á ese abismo de tinieblas (en que nuestros ojos nos son enteramente inútiles, y donde nuestras facultades no pueden hacernos percibir cosa alguna), *infatuados, como lo estamos, en la necia idea de que nada es superior á nuestra comprension.*

Finalmente, sabido es que, disgustado Newton del estudio de las matemáticas, se negó por espacio de muchos años á oír hablar de ellas; y aun en nuestros días, Gibbon, apóstol durante tanto tiempo de las nuevas ideas, escribió: «Las ciencias exactas nos acostumbran á mirar con menosprecio la evidencia moral, tan fecunda en bellas sensaciones, y cuyo objeto es determinar las opiniones y las acciones de nuestra vida.»

En efecto, muchas personas han abrigado la opinión de que la ciencia en mano de los hombres seca el corazón, roba á la naturaleza sus encantos, induce las almas débiles al ateísmo, y de este al crimen; al paso que las bellas-artes, por el contrario, embellecen nuestros días, hacen mas sensibles nuestras almas, acrecientan nuestra fe en la Divinidad, y guían por el sendero de la Religión, á la práctica de las virtudes.

No citaremos á Rousseau, cuya autoridad pudiera ser sospechosa aquí; pero Descartes se expresó de una manera harto singular respecto de la ciencia que constituyó parte de su gloria:

«Nada hallaba efectivamente, dice el sabio autor de su vida, que le pareciese menos sólido que el ocuparse de meros números y de figuras imaginarias; como si fuese preciso atenderse á estas *bagatelas*, sin dirigir la vista mas allá. Veía en esto algo aun mas inútil: creía peligroso ocuparse con formalidad en esas demostraciones superficiales que la industria y la experiencia suministran con menos frecuencia que la casualidad. Su máxima era que esta aplicación nos aleja insensiblemente del uso de nuestra razón, y nos expone á desviarnos del camino que su antorcha nos traza.»

Digna es por cierto de notarse esta opinión del autor de la aplicación del álgebra á la geometría.

El padre Castel parece complacerse tambien en deprimir la materia sobre que ha escrito. «En general, dice, se concede demasiado valor á las matemáticas... La geometría contiene altas verdades, asuntos poco dilucidados y consideraciones mal definidas. ¿Por qué disimularlo? Encierra paradojas, apariencias de contradicción, conclusiones de sistema y de concepción, oponiones de secta, hasta conjeturas y hasta paralogismos.

Si hemos de dar asenso á Buffon, las que se llaman *verdades matemáticas*, se reducen á *identidades de ideas y á ninguna realidad*. Por último, el abate de Condillac, mirando á los géometras con el mismo desprecio que Hobbes, se expresa en estos términos, al hablar de ellos: «Cuando abandonan sus cálculos para entrar en investigaciones de diferente naturaleza, no se halla en ellos ni la misma claridad, ni la misma exactitud, ni la misma extensión de talento. De cuatro célebres metafísicos, Descartes, Malebranche, Leibnitz y Locke, solo este no fue géometa; y, ¡cuán superior es á los demás!»

Este juicio es inexacto. En metafísica pura, Malebranche y Leibnitz han ido mucho mas lejos que el filósofo inglés. Es cierto que los espíritus geométricos suelen ser falsos en la práctica ordinaria de la vida; pero esto procede de su extremada exactitud, pues quieren encontrar en todas partes verdades absolutas, mientras que en moral y en política toda verdad es relativa. Es de rigurosa certidumbre que dos y dos son cuatro; pero no lo es tanto, que una ley sabia en Atenas sea igualmente sabia en París. Es incuestionable que la libertad es preciosa; pero ¿se deberá derramar torrentes de sangre para establecerla en un pueblo en un grado inconveniente?

En matemáticas solo debe atenderse al principio, y en moral á la consecuencia. La una es una verdad simple, la otra una verdad compleja. Por otra parte, nada trastorna el compás del géometa, al paso que todo perturba el corazón del filósofo. Cuando el instrumento de este sea tan seguro como el de aquel, podremos prometernos conocer el fondo de las cosas;

hasta que esto suceda, debemos contar con los errores. El que no quisiera sufrir el rigorismo geométrico en las relaciones sociales, se trocaría en el mas estúpido ó el mas perverso de los hombres.

Las matemáticas, por otra parte, lejos de probar la extensión del talento en la mayor parte de los hombres que de ellas se valen, deben de ser consideradas como el apoyo de su debilidad, como el suplemento de su insuficiente capacidad, como un método de abreviación propio para clasificar los resultados en una cabeza incapaz de llegar á ellos por sí misma, puesto que en realidad no son otra cosa que unos signos generales de ideas, que nos ahorran el trabajo de tenerlas, unas etiquetas ó rótulos numéricos de un tesoro no contado, unos instrumentos con que se trabaja, mas no las cosas sobre que se trabaja. Supongamos que un pensamiento está representado por A, y otro por B; ¡cuán prodigiosa diferencia no existirá entre el hombre que desenvuelva estos dos pensamientos en sus diversas relaciones morales, políticas y religiosas, y aquel que con la pluma en la mano, multiplique una y otra vez su A y su B, hallando combinaciones curiosas, sí, pero sin tener otra cosa delante de su espíritu que las propiedades de dos estériles letras!

Empero, si con exclusión de toda otra ciencia, se instruye á un niño en esta, que suministra pocas ideas, se corre el peligro de agotar el manantial de sus mismas ideas, de viciar el mas bello carácter, de esterilizar la imaginación mas fecunda, y de limitar el mas vasto entendimiento. Hinchirásela la juvenil cabeza de un farrago de nombres y de figuras que nada absolutamente le representan; acostumbrárasela á darse por satisfecha con una suma prefijada; á no caminar sino al apoyo de una teoría, á no hacer jamás uso de sus fuerzas, á aliviar su memoria y su inteligencia con operaciones artificiales; á no conocer, y por último, á no amar sino esos principios inflexibles y esas verdades absolutas que sobrevierten la sociedad.

Háse dicho que las matemáticas sirven para rectificar en la juventud los errores del raciocinio. Pero háse respondido con igual ingenio que solidez, que para clasificar las ideas era preciso, en primer lugar, tenerlas; y que pretender arreglar el entendimiento de un niño, era querer arreglar una aposento vacío. Dadle primero ideas claras de sus deberes morales y religiosos; enseñadle las letras humanas y divinas; y luego, cuando hayáis concedido los necesarios desvelos á la educación del corazón de vuestro alumno; cuando su cerebro se halle bastante enriquecido de objetos de comparación y de principios ciertos, metódizadlos en buen hora, por medio de la geometría, si así os place.

Además: ¿es cosa indudable que el estudio de las matemáticas sea tan necesario en la vida? Si son precisos magistrados, ministros y clases civiles y religiosas, ¿qué provecho reportarán estas profesiones de las propiedades de un círculo ó de un triángulo? No se quiere ya, se dice, sino cosas positivas. ¡Cielo santo! ¿Hay algo menos positivo que las ciencias cuyos sistemas cambian muchas veces en cada siglo? ¿Qué importa al agricultor que el elemento de la tierra no sea *homogéneo*, ó al leñador que la madera tenga una sustancia *piroleñosa*? Una página elocuente de Bosuet acerca de la moral, es mas útil y mas difícil de escribir que un volumen de abstracciones filosóficas.

Pero se replica: Los descubrimientos científicos se aplican á las artes mecánicas. Mas es el caso que esos grandes descubrimientos científicos casi nunca producen el esperado efecto. La perfección de la agricultura en Inglaterra, es menos el resultado de algunos experimentos científicos que del trabajo lento de la industria del arrendatario, eternamente obligado á atormentar un suelo ingrato.

Falsamente atribuímos á nuestras ciencias lo que

pertenece al natural progreso de la sociedad. Puesto que los brazos y los animales rústicos se han multiplicado, las manufacturas y los productos de la tierra han debido aumentar y mejorar proporcionalmente. Ventaja grande por cierto es tener arados mas ligeros y máquinas mas perfectas para los oficios; pero darse á pensar que el genio y la sabiduría humana se encierran en un círculo de invenciones mecánicas, fuera incurrir en un grosero error.

Por lo que respecta á las matemáticas propiamente dichas, está demostrado que se puede aprender en un tiempo bastante breve todo lo que es útil saber para ser un buen ingeniero. Mas allá de esta geometría práctica, no hay mas que una geometría *especulativa*, con sus juegos, sus superfluidades, y por decirlo así, sus romances, como las demás ciencias. «Es preciso hacer una distinción, dice Voltaire, entre la geometría útil y la geometría divertida.... Cuadradas unas curvas cuanto os plazca, y mostrareis gran sagacidad; al hacer esto, os pareceréis á un aritmético que examina las propiedades de los números, en lugar de calcular su fortuna. Cuando Arquímedes halló el peso específico de los cuerpos, hizo un servicio al género humano; ¿pero de qué servir á hallar tres números que representen la diferencia de los cuadrados de dos, y que sumada con el número tres, constituya siempre un cuadrado, y que la suma de las tres diferencias, añadida al mismo cubo, continúe formando un cuadrado? *Nugæ difficiles.*»

Por amarga que sea esta verdad á los matemáticos, preciso es decirlo: la naturaleza no les ha hecho para ocupar el primer puesto. Exceptuando algunos géometras *inventores*, han sido condenados á una triste oscuridad; y aun esos genios inventores están expuestos á caer en el olvido, si el historiador no se encarga de anunciarlos al mundo; Arquímedes debe su gloria á Polibio, y Voltaire ha creado entre nosotros la celebridad de Newton. Platon y Pitágoras viven como moralistas y legisladores, y Leibnitz y Descartes son acaso mas conocidos como metafísicos que como géometras. D' Alembert no gozaria actualmente mejor suerte que Varignon y Duhamel, cuyos nombres, aun respetados de la escuela, solo existen ya para el mundo en los elogios académicos, si á la reputación de sabio no hubiese agregado la de escritor. Un poeta pasa con algunos versos á la posteridad, inmortaliza su siglo, y trasmite al porvenir los nombres á quienes se ha dignado cantar sobre su lira; mas el sabio, conocido apenas durante su vida, queda olvidado el día despues de su muerte. Ingrato á su pesar, nada puede hacer en favor del gran hombre, del héroe que le ha protegido. En vano colocará su nombre en el hornillo del químico, ó en la máquina del físico; ¡apreciables esfuerzos, de que sin embargo nada ilustre resultará! La gloria ha nacido sin alas, y le es forzoso tomar las de las Musas cuando pretende volar á los cielos. Corneille, Racine, Boileau, los oradores, los historiadores y los artistas han inmortalizado á Luis XIV mucho mas que los sabios que tambien florecieron en su siglo. Todos los tiempos y países ofrecen el mismo ejemplo. Cesen, pues, los matemáticos de lamentar que los pueblos, cediendo á un instinto general, antepongan las letras á las ciencias. Consiste esto en que el hombre que ha legado á la tierra un solo precepto moral, un solo sentimiento tierno, es mas útil á la sociedad que el géometa que ha descubierto las mas hermosas propiedades del triángulo.

Por lo demás, no juzgamos difícil poner de acuerdo á los que declaman contra las matemáticas, y los que las prefieren á todo. Esta diversidad de pareceres procede del vulgar error que confunde un *gran* con un *hábil* matemático. Hay una geometría *material* que se compone de líneas, de puntos, y de $A + B$; con tiempo y perseverancia, puede hacer en ella prodigios el entendimiento mas mediano, pues se convierte en tal

caso en una especie de máquina geométrica que ejecuta por sí misma operaciones complicadas, como la máquina aritmética de Pascal. En las ciencias, el último que las cultiva es siempre el mas instruido: hé aquí por qué cualquier escolar de nuestros días está mas adelantado que Newton en matemáticas; hé aquí por qué el que pasa hoy por sabio, será tratado de ignorante por la generación futura. Aferrados á sus cálculos, los géometras-máquinas miran con ridículo desprecio las artes de imaginación, y sonríen de lástima cuando se les habla de literatura, de moral y de Religión; *conocen*, dicen, la naturaleza. Pero, ¿no es preferible la *ignorancia* de Platon, que llama á la naturaleza una *misteriosa poesia*?

Por fortuna, hay otra geometría, una geometría *intelectual*. Esta es la que se necesitaba saber para entrar en la escuela de los discípulos de Sócrates; ella ve á Dios detrás del círculo y del triángulo; ella ha creado á Pascal, Leibnitz, Descartes y Newton. Generalmente hablando, los géometras inventores han sido religiosos.

Pero no podemos ocultar que esta geometría de los grandes hombres es muy escasa. Para un solo genio que camine por las vías sublimes de la ciencia, ¡cuántos se pierden en sus inextricables senderos! Obsérvese aquí una de esas reacciones tan comunes en las leyes de la Providencia: las edades irreligiosas conducen necesariamente á las ciencias, y estas traen necesariamente las edades irreligiosas. Cuando en un siglo impío llega el hombre á desconocer la existencia de Dios, como esta es, sin embargo, la única verdad que posee á fondo, y siente una imperiosa necesidad de verdades positivas, procura crearse otras nuevas, y cree hallarlas en las abstracciones científicas. Por otra parte, es natural que los espíritus vulgares ó los jóvenes irreflexivos, al encontrar las verdades matemáticas en el universo; viéndolas en el cielo, con Newton, en la química con Lavoisier, y en los minerales con Haüy; es natural, decimos, que las tomen por el principio mismo de las cosas, y que nada vean mas allá. Esta sencillez de la naturaleza, que debiera hacerles sospechar como á Aristóteles, la existencia de un *primer móvil*, y como á Platon un *eterno géometa*, sirve tan solo para estraviarlos. Así discutiendo, Dios no tarda en ser para ellos sino el conjunto de las propiedades de los cuerpos; y la misma cadena de los números les oculta la Gran Unidad.

CAPITULO II.

Química é historia natural.

Excesos son estos que han dado no pequeñas ventajas á los enemigos de las ciencias, y hecho nacer las elocuentes declamaciones de Rousseau y sus secuaces. Nada es mas admirable, dicen, que los descubrimientos de Spallanzani, de Lavoisier y Lagrange; pero lo que destruye todo son las consecuencias que los hombres de espíritu inexacto pretenden deducir de ellos. ¡Cómo! ¿Porque se haya llegado á demostrar la sencillez de los jugos digestivos, ó á conocer los órganos de la generación; porque la química haya aumentado, ó si se quiere, disminuido el número de los elementos; porque la ley de la gravitación sea de todos conocida; porque un niño pueda balbucear figuras de geometría; porque este ó aquel escritor sea un sutil ideólogo, deberemos deducir que no hay Dios ni verdadera religión? ¡Qué abuso del raciocinio!

Otra observación ha robustecido en las almas tímidas el disgusto hácia las ciencias filosóficas, pues dicen: «Si estos descubrimientos fuesen ciertos é invariables, podríamos concebir el orgullo que inspiran, no á los hombres dignos de aprecio que los han hecho, sino á la multitud que disfruta de ellos. No obstante, en las ciencias apellidadas positivas, el experimento

de hoy no destruye el de ayer? Los errores de la física antigua tienen sus partidarios y defensores; pero una buena obra de literatura subsiste en todos tiempos, y los siglos le añaden nuevo lustre. Pero las ciencias que solo se ocupan de las propiedades de los *cueros*, ven caducar en un instante su mas famoso sistema. En química, por ejemplo, se creía tener una nomenclatura regular, y ahora se advierte el error. Y si cuando se haya recogido mayor número de hechos, será preciso renunciar á la química moderna, ¿qué se habrá ganado entonces con cambiar los nombres, llamando al aire vital *oxígeno*, etc.? Las ciencias son un laberinto en que el hombre se extravía mas en el mismo momento en que cree salir de él.»

Estas objeciones son espinosas, pero no se refieren mas á la química que á las demás ciencias. Acusarla porque se desengaña á sí misma por medio de sus experimentos, es acusarla por su buena fé, y por no conocer el secreto de la esencia de las cosas. Pero, imparcialmente hablando, ¿quién conoce ese insondable arcano sino esa Primera Inteligencia, anterior á los siglos? La brevedad de nuestra vida, la debilidad de nuestros sentidos, la grosería de nuestros instrumentos y medios, se oponen al descubrimiento de esa fórmula general, que Dios nos oculta eternamente. Sabido es que nuestras ciencias *descomponen y recomponen*, pero que no pueden *componer*. Esta imposibilidad de crear descubre el lado débil y la nada del hombre. Haga lo que quiera, nada puede, todo le opone resistencia, no le es dado doblegar á sus usos la materia, sin que esta se lamente y gima: parece que comunica sus suspiros y su tumultuoso corazón á todas sus obras!

En la obra del Criador, por el contrario, todo está mudo porque no hay en ella esfuerzo alguno; todo está sumiso. El Gran Ser habló y enmudeció el Caos; y los globos se deslizaron sin ruido en el espacio. Las fuerzas unidas de la materia son á una sola palabra de Dios, como la nada es al todo; como las cosas creadas son á la necesidad. Ved al hombre en sus trabajos: ¿de qué portentoso aparato de máquinas no se rodea! Aguzar el hierro, preparar el veneno, llama en su auxilio los elementos; hace mugir el agua, silbar el aire, y sus hornos se encienden. Armado ya del fuego, ¿qué va á intentar este nuevo Prometeo? ¿Va á crear un nuevo mundo? ¡No! ¡va á destruir, porque solo puede engendrar la muerte!

Ora sea efecto de nuestra educación, ora de nuestra costumbre de vagar por los desiertos, y de no aplicar sino el corazón al estudio de la naturaleza, confesamos que nos causa cierta pesadumbre ver dominar el espíritu de análisis y de clasificación en las ciencias amables en que no se debería buscar sino la hermosura y la bondad de Dios. Si nos es permitido decirlo, parecemos muy triste hallar hoy al hombre *mamífero*, colocado en el sistema de Linneo entre los monos, los murciélagos y los perezosos. ¿No hubiera sido mas acertado dejarle á la cabeza de la Creación, donde le habian colocado Moisés, Aristóteles, Buffon y la naturaleza? Tocando con su alma los cielos, y con su cuerpo la tierra, era grato verle formar en la cadena de los seres el eslabon que enlaza el mundo visible con el invisible, el tiempo con la eternidad.

«En este mismo siglo, dice Buffon, en que parece que las ciencias se cultivan con ahinco, creo que es fácil advertir que la Filosofía es tenida en poco, y acaso en menos que en siglo alguno; las artes que se quiere llamar científicas han alcanzado un conveniente lugar; los métodos de cálculo y de geometría, los de botánica é historia natural; en una palabra, las fórmulas y los diccionarios ocupan á la generalidad; se cree haber llegado al pináculo del saber, porque se ha aumentado el número de las expresiones simbólicas y de las frases sabias; y nadie reflexiona que estas artes no son sino ensayos para llegar á la ciencia, mas no la ciencia

misma; que no debemos emplearlas sino cuando no podemos prescindir de ellas, y que debemos temer siempre que nos sean insuficientes cuando intentemos aplicarlas al edificio.»

Estas observaciones son juiciosas; pero nos parece que hay en las clasificaciones un peligro mayor. ¿No debe temerse que ese prurito de referir nuestros conocimientos á signos físicos, y de no ver en las diferentes razas sino dedos, dientes y picos, lleve insensiblemente la juventud al materialismo? Y no obstante, si hay alguna ciencia en que los inconvenientes de la incredulidad se hagan sentir en toda su plenitud, es la historia natural. Marchitase entonces todo lo que se toca: los perfumes, el brillo de los colores y la elegancia de las formas, desaparecen en las plantas para el botánico que no las enlaza con idea alguna de moralidad y ternura. Cuando no se tiene Religión, el corazón es insensible, y toda hermosura se desvanece, porque la hermosura no es un ser que existe fuera de nosotros; los encantos de la naturaleza residen en el corazón del hombre.

Por lo que respecta al que estudia los animales, ¿qué otra cosa hace, si es incrédulo, que estudiar repugnantes cadáveres? ¿A dónde se conducen sus investigaciones? ¿Cuál puede ser su objeto? ¡Ah! El ha formado esos gabinetes, escuelas donde la Muerte, armada con la segur, es el catedrático; ¡cementerios en que se han colocado relojes para contar minutos á los esqueletos, para fijar horas á la eternidad!

En esos sepulcros donde la nada ha reunido sus maravillas, donde los restos del mono insultan los del hombre, debe buscarse la razon de este fenómeno: *un naturalista ateo*, á fuerza de respirar en la atmósfera de los sepulcros, ha contaminado su alma con la muerte.

Cuando la ciencia era pobre y solitaria; cuando vagaba por el valle y el bosque; cuando observaba al ave que llevaba el sustento á sus hijuelos, ó al cuadrúpedo que volvía á su madriguera; cuando su laboratorio era la naturaleza y su anfiteatro los cielos y los campos; cuando era sencilla y maravillosa como los desiertos en que pasaba su ignorada vida; entonces era religiosa. Sentada á la sombra de una encina, y coronada con las flores que habia cogido en la montaña, contentábase con pintar las brillantes escenas que la rodeaban. Sus libros no eran sino unos catálogos de remedios para combatir las enfermedades del cuerpo, ó colecciones de cánticos cuyas palabras aplacaban los dolores del alma. Empero, cuando se formaron corporaciones de sabios; cuando los filósofos, buscando la celebridad, que no la naturaleza, intentaron hablar de las obras de Dios sin haberlas amado, la incredulidad nació con el amor propio, y la ciencia degeneró en pequeño instrumento de una pequeña reputación.

Nunca la Iglesia ha hablado con tanta severidad contra los estudios filosóficos como los diferentes filósofos que hemos citado en estos capítulos. Si se la acusa de haber desconfiado un poco de esas letras *que nada curan*, como dice Séneca, será tambien preciso condenar esa multitud de legisladores, de hombres de Estado y de moralistas, que se han expresado con mucha mayor energía que la religion cristiana contra el peligro, la incertidumbre y la oscuridad de las ciencias.

¿Dónde descubrir la verdad? ¿Será en Locke, tan ensalzado por Condillac, ó en Leibnitz, que tan débil en *ideología* juzgaba á Locke, ó en Kant, que ha atacado en nuestros dias á Locke y á Condillac? Daremos asenso á Minos, Licurgo, Caton, J. J. Rousseau, que destierran las ciencias de sus repúblicas, ó adoptaremos el parecer de los legisladores que las toleran? ¿Cuán espantosas reflexiones si se dirige la vista en derredor! ¿Cuán vasto asunto de reflexiones no ofrece la historia del árbol de la ciencia, que produce la muerte! Siempre los siglos filosóficos han precedido á los siglos de destrucción.

La Iglesia no podía tomar en una cuestion que ha dividido la tierra, sino el partido que ha adoptado: detener ó aflojar las riendas, atendiendo al espíritu de las cosas y de los tiempos; oponer la moral al abuso que el hombre hace de sus conocimientos, y procurar conservarle, para su felicidad, un corazón sencillo y una mente humilde.

Concluamos diciendo que la falta de nuestros dias consiste en separar tal vez demasiado los estudios abstractos de los literarios. Aquellos pertenecen al espíritu, pertenecen estos al corazón; por consiguiente, es preciso evitar el escollo de cultivar los primeros á expensas de los segundos, y de sacrificar la parte que ama á la parte que discurre. Merced á una feliz combinación de conocimientos físicos y morales, y especialmente mediante el concurso de las ideas religiosas, se conseguirá devolver á nuestra juventud aquella educación que formó en otro tiempo tantos eminentes varones. No debe creerse que nuestro suelo está agotado, pues el hermoso suelo de la Francia no necesita, para producir nuevas cosechas, sino ser cultivado un poco á la usanza de nuestros padres: es una de esas tierras venturosas donde reinan esos *genios* protectores de los hombres, y ese *soplo divino*, que en sentir de Platon, anuncia los climas favorables á la virtud.

CAPITULO III.

DE LOS FILÓSOFOS CRISTIANOS.

Metafísicos.

Los ejemplos se presentan en apoyo de los principios: y una religion que reclama á Bacon, Newton, Bayle, Clarke, Leibnitz, Grocio, Pascal, Arnauld, Nicole, Malebranche, La Bruyere, (sin hablar de los Padres de la Iglesia, ni de Bossuet, ni de Fenelon, ni de Massillon, ni de Bourdaloue, á quienes no queremos contar aquí sino como oradores); esa religion, decimos, puede lisonjarse de ser favorable á la Filosofía.

Bacon es deudor de su celebridad á su tratado, *On the Advancement of learning*, y á su *Novum organum scientiarum*. En el primero examina el círculo de las ciencias, clasificando cada objeto bajo su respectiva facultad; facultades de que enumera cuatro: el alma ó la *sensación*, la *memoria*, la *imaginación* y el *entendimiento*. Reduce las ciencias á tres: la *poesía*, la *historia*, y la *filosofía*.

En la segunda obra rebate la manera de racionar por medio de silogismos, y propone la física experimental por único guia en la naturaleza. Es grato aun leer la profesion de fe del ilustre canciller de Inglaterra, y la oracion que acostumbraba recitar antes de entregarse al trabajo. Muy tierna es esta sencillez cristiana en un gran hombre. Cuando Newton y Bossuet descubrieran humildemente sus augustas cabezas, al pronunciar el nombre de Dios, eran tal vez mas dignos de admiración que cuando el primero pesaba esos mundos, cuyo polvo enseñaba el segundo á despreciar.

Clarke, en su *Tratado de la existencia de Dios*; Leibnitz, en su *Teodicea*, y Malebranche en su *Investigacion de la verdad*, se remontaron á tanta altura en metafísica, que nada han dejado que hacer despues de ellos.

Es bastante singular que nuestro siglo se haya conceptuado superior en metafísica y en dialéctica al siglo anterior. Los hechos deponen contra nosotros: por cierto que Condillac, que nada nuevo ha dicho, no puede igualar por sí solo á Locke, Descartes, Malebranche y Leibnitz, pues no hace sino tergiversar al primero, y extraviarse cuantas veces camina sin él. Por lo demás, la metafísica moderna se diferencia de la antigua en que separa hasta donde le es posible, la imaginación de las percepciones abstractas. Hemos aislado las facultades de nuestro entendimiento, reser-

vando el pensamiento para esta materia y el racionio para aquella otra. De aquí resulta que nuestras obras no tienen trabazon, y que nuestro espíritu, dividido, digámoslo así, en capítulos, presenta los inconvenientes de esas historias en que cada asunto se trata á parte. Mientras damos principio á un nuevo artículo, olvidamos el anterior; dejamos de ver mútuo enlace de los hechos; caemos en la confusion á fuerza de método; y la multitud de conclusiones parciales nos impide llegar á la deducción general.

Cuando se trata, como en la obra de Clarke, de impugnar á los hombres que se jactan de racionadores, y á quienes es preciso demostrar que se raciona tan bien como ellos, es muy conveniente emplear la manera firme y severa del doctor inglés; pero en los demás casos, ¿por qué habrá de preferirse esta sequedad á un estilo claro, aunque animado? ¿Por qué no apelar al corazón, así en una obra seria, como en un libro de mero pasatiempo? Si se lee todavía la metafísica de Platon no es á fé por otra cosa sino porque presenta el colorido de una imaginación lozana. Nuestros últimos ideólogos han incurrido en un craso error al separar la historia del espíritu humano de la historia de las cosas divinas, sosteniendo que esta á nada positivo conduce, y que solo aquella es de un uso inmediato. ¿Dónde, pues, radica la necesidad de conocer las operaciones del humano pensamiento, si no se trata de referirlas á Dios? ¿Qué me importa saber que recibo ó no mis ideas por medio de los sentidos? Condillac dice: «Los metafísicos que me han precedido se han perdido en mundos quiméricos; solo yo he dado con la verdad, y mi ciencia es altamente útil. Voy á decirlos lo que son la conciencia, la atencion y la reminiscencia.» Mas, ¿de qué me servirá esto? Una cosa no es buena ni positiva sino en cuanto encierra una intencion moral; por consiguiente, toda metafísica que no es teología, como la de los antiguos y la de los cristianos; toda metafísica que, abriendo un abismo entre el hombre y Dios, sostiene que no siendo este otra cosa que tinieblas, no debemos ocuparnos de él, es frívola y peligrosa, porque carece de objeto.

No así la otra: esta al asociarnos á la Divinidad, al darnos una noble idea de la grandeza y perfeccion de nuestro ser, nos dispone á pensar y obrar bien. Los fines morales se enlazan mediante este eslabon con esa metafísica que es entonces un camino mas sublime para llegar á la virtud. Esto es lo que Platon llamaba por excelencia la *ciencia de los dioses*, y Pitágoras la *geometría divina*. Cuando salva estos limites, la metafísica se convierte en un microscopio que descubre á nuestra curiosidad algunos pequeños objetos imperceptibles á la simple vista, pero que pueden ser ignorados ó conocidos sin que formen ó llenen un vacío en la existencia.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DE LOS FILÓSOFOS CRISTIANOS.

Publicistas.

Mucho hemos encarecido en los últimos tiempos nuestra ciencia política; en vista de ello, pudiera decirse que nunca habia oído el mundo moderno hablar de libertad, ni de las diferentes formas de gobierno. Acaso por esto mismo las hemos ensayado todas sucesivamente, con tanta oportunidad como feliz éxito. No obstante, Maquiavelo, Tomás Moro, Mariana, Bodin, Grocio, Puffendorf y Locke, filósofos cristianos, se ocuparon de la naturaleza de los gobiernos mucho antes que Mably y Rousseau.

No nos detendremos en el análisis de las obras de estos publicistas, de cuyos nombres basta hacer mencion para probar que todos los géneros de gloria literaria pertenecen al Cristianismo; en otra parte demos-

traremos lo que la libertad del linaje humano debe á esa religion, acusada de haber predicado la esclavitud.

Sería de desear, si renaciesen los escritos de política (lo que no permita Dios), que se empleasen en esta clase de obras los atractivos que les prestaban los antiguos. La *Cyropedia* de Jenofonte, la *República* y las *Leyes* de Platon, son á la vez graves tratados y libros llenos de encantos. Platon brilla en el arte de dar un giro maravilloso á las discusiones mas estériles, pues sabe hacer agradable hasta la fórmula de una ley. Aquí se ve á tres ancianos que discurren yendo de Gnosio á la caverna de Júpiter, y que descansan á la sombra de los cipreses, en risueñas praderas; allí un homicida involuntario hace libaciones á Neptuno con un pie en el mar; mas allá, un poeta extranjero es recibido con cantos y perfumes; apellídasele hombre divino, coronásele de laureles, y se le acompaña con todo honor y decoro fuera del territorio de la república. De este modo tiene Platon cien medios ingeniosos de emitir sus ideas y de atenuar hasta las sentencias mas severas, considerando los delitos bajo un punto de vista religioso.

Obsérvese que los publicistas modernos han ensalzado el gobierno republicano, al paso que los escritores políticos de la Grecia concedieron generalmente su preferencia al régimen monárquico. ¿Por qué así? porque unos y otros aborrecian lo que tenían y amaban lo que no tenían: no es otra, en verdad, la historia de todos los hombres.

Por lo demás, los sabios de la Grecia consideraban la sociedad en sus aspectos morales, siendo así que nuestros últimos filósofos la han examinado en sus relaciones políticas. Los primeros querían que el gobierno se derivase de las costumbres; los segundos aspiran á que estas sean producto de aquel. La filosofía de unos tenía por base la Religion, la de los otros se apoya en el ateísmo. Platon y Sócrates decían á los pueblos: «Sed virtuosos, y sereis libres;» nosotros les decimos: «Sed libres, y sereis virtuosos.» La Grecia fue venturosa con tales sentimientos. ¿Qué lograremos nosotros con los principios opuestos?

CAPITULO V.

MORALISTAS.

La Bruyere.

Los escritores de un mismo siglo, por diferentes que sean relativamente al genio, tienen, no obstante, cierta analogía entre sí. Reconócese á los de la hermosa época de la Francia en la firmeza de su estilo, en el desaliño de sus locuciones, en la sencillez de sus giros, y en cierta sintaxis greco-latina, que sin perjudicar al genio de la lengua francesa, revela los modelos de que hicieron su preferente estudio.

Además, los literatos se dividen, por decirlo así, en partidos que siguen á este ó aquel maestro, á esta ó aquella escuela. Así, los escritores de Port-Royal se distinguan de los de la *Sociedad*; así, Fenelon, Massillon y Flechier, coinciden en algunos puntos, y Pascal, Bossuet y La Bruyere en algunos otros. Estos son notables por cierta especie de rudeza de pensamiento y de estilo, que les es peculiar. Pero es preciso confesar que La Bruyere, que imita voluntariamente á Pascal, debilita algunas veces las pruebas y la índole de este genio eminente. Cuando el autor de los *Caracteres*, queriendo demostrar la pequeñez del hombre, dice: «Estás colocado ¡oh Lucilo! sobre una parte de este átomo, etc.» dista mucho de este fragmento del autor de los *Pensamientos*: «¿Qué es un hombre en el infinito? ¿Quién puede comprenderle?»

La Bruyere añade: «Solo hay tres acontecimientos

para el hombre: nacer, vivir y morir. No tiene noticia de su nacimiento, sufre la muerte, y olvida su vida.» Pascal pinta con mas viveza nuestra nada. «El último acto es siempre sangriento, por hermoso que sea el resto de la comedia. Al fin se arroja un puñado de tierra sobre la cabeza del hombre, y todo concluye para siempre.» ¡Cuán espantosa es esta última palabra! Primero se ve la *comedia*, luego la *tierra*, y al fin la *eternidad*. La especie de descuido con que se ha estampado esa frase, patentiza el ningun valor de la vida. ¡Cuán amarga indiferencia reina en esta breve y glacial historia del hombre!

Como quiera que sea, La Bruyere es uno de los excelentes escritores del siglo de Luis XIV. Ningun otro ha sabido dar mas variedad á su estilo, mas diversidad de formas á su lenguaje, mas movimiento á sus ideas. Desciende de la elevada elocuencia á la diction familiar, y pasa del estilo festivo al severo raciocinio, sin nunca ofender al decoro ni al lector. La ironía es su arma favorita; y no menos filósofo que Teofrasto, su mirada abraza un número mayor de objetos, siendo sus observaciones mas originales y profundas. Teofrasto conjetura, La Rochefoucauld adivina; pero La Bruyere demuestra lo que pasa en el fondo de los corazones.

Inmenso triunfo es para la Religion contar entre sus filósofos á un Pascal y á un La Bruyere. En vista de estos ejemplos, justo seria no aventurar con tanta ligereza que solo los espíritus limitados pueden ser cristianos.

«Si mi religion fuese falsa, dice el autor de los *Caracteres*, confieso que este seria el lazo mejor tendido que se puede imaginar: imposible es no dar en él. ¡Qué magestad! ¡qué brillo de misterios! ¡Qué trabazon y enlace en toda su doctrina! ¡Cuán eminente razon! ¡Qué candor é inocencia de costumbres! ¡Cuán invencible é irrecusable fuerza de testimonios, presentados sucesivamente durante tres siglos, por millones de personas, las mas sabias, las mas morigeradas que á la sazón poblaban la tierra, y á quienes el sentimiento de una misma verdad sostenia en el destierro, en los calabozos, y hasta en presencia de la muerte!»

Si La Bruyere resucitase, muy sorprendido quedaria al ver á esa religion, cuya hermosura y excelencia confesaban los grandes hombres de su siglo, tratada de *infame*, de *ridicula* y de *absurda*. Creyendo sin duda que los que así la denuestan son hombres muy superiores á los escritores que les han precedido, y que ante ellos son autores adocenados Pascal, Bossuet, Fenelon y Racine, abriria sus obras con un respeto mezclado de temor. Nos parece verle esperando hallar en cada línea algun gran descubrimiento del espíritu humano, algun pensamiento sublime, y aun tal vez algun hecho histórico anteriormente desconocido, que pruebe de una manera inconcusa la falsedad del Cristianismo. ¿Qué pensaria, qué diria en su segundo asombro, que no tardaria en seguir al primero?

La Bruyere nos falta, pero la revolucion ha renovado el fondo de los caracteres. La avaricia, la ignorancia y el amor propio se muestran bajo un nuevo aspecto. Estos vicios, que se amalgamaban con la Religion y la urbanidad en el siglo de Luis XIV, confúndense actualmente con la impiedad y la grosería de las formas; debían tener, por lo tanto, colores mas finos y matices mas delicados en el siglo XVII; podían ser ridículos entonces, hoy son odiosos.

CAPITULO IV.

Continuacion de los moralistas.

Hubo un hombre que á los doce años creó las matemáticas con *barras* y *esferas*; que á los diez y seis compuso el mas profundo tratado acerca de los cuer-

pos cónicos, que se había visto desde la antigüedad; que á los diez y nueve redujo á una máquina una ciencia que reside por entero en el entendimiento; que á los veinte y tres demostró los fenómenos de la pesantez del aire, y destruyó uno de los grandes errores de la antigua física; que en una edad en que los demás hombres empiezan apenas á nacer, habiendo acabado de recorrer el círculo de las ciencias humanas, echó de ver su nada y dirigió sus pensamientos á la Religion; que desde aquel momento hasta el de su muerte, acacida á sus treinta y nueve años, siempre débil y valetudinario, fijó la lengua que hablaron Bossuet y Racine, ofreció el modelo, así de la mas perfecta jovialidad como del mas severo raciocinio; y por último, que en sus breves intervalos de salud, resolvió por abstraccion uno de los mas intrincados problemas de la geometría: este portentoso talento se llamaba *Blas Pascal*.

Difícil es no sentirse poseído de estupor, cuando al hojear los *Pensamientos* del filósofo cristiano, se tropieza en los seis capítulos que tratan de la naturaleza del hombre. Las opiniones de Pascal son dignas de atención, especialmente por la profundidad de su tristeza y por cierta indefinible inmensidad: el alma queda suspendida en medio de esos sentimientos, como en el infinito. Los metafísicos hablan de ese *pensamiento abstracto*, que no tiene propiedad alguna de la materia, que toca á todo sin cambiar de lugar, que vive por sí mismo, que no puede perecer porque es invisible, y que prueba terminantemente la inmortalidad del alma: esta definición del pensamiento parece haber sido sugerida á los metafísicos por los escritos de Pascal.

Hay un monumento curioso de la filosofía cristiana y de la filosofía moderna: los *Pensamientos* de Pascal, comentados por los editores. Créese ver en ellos las ruinas de Palmira, soberbios restos del genio y del tiempo, á cuyo pie ha construido su mezquina cabaña el árabe del desierto.

Voltaire dijo: «Pascal hubiera sido sublime, si hubiese nacido un siglo despues.»

Harto se comprende lo que significa ese *siglo despues*. Pero una sola observacion bastará para hacer ver que Pascal, sofista, hubiera sido muy inferior á Pascal, cristiano.

¿En qué lugar de sus escritos descuella sobre los mayores genios el solitario de Port-Royal? En sus seis capítulos relativos al hombre. Pues bien: esos seis capítulos, que tratan enteramente de la caída original, no existirían si Pascal hubiese sido incrédulo.

Debemos dar cabida aquí á una importante observacion. Entre las personas que han abrazado las opiniones filosóficas, unas no cesan de tronar contra el siglo de Luis XIV, mientras otras, haciendo alarde de imparcialidad, le conceden los dotes de la imaginacion, negándole las facultades del pensamiento. El siglo pensador por excelencia, dicen, es el XVII.

Pero el hombre imparcial que lea con atención los escritos del siglo de Luis XIV, no tardará en descubrir que nada se ha ocultado á su vista, sino que, contemplando los objetos á mayor altura que nosotros, han despreciado las sendas en que nosotros hemos entrado; sendas á cuyo fin su ojo perspicaz había vislumbrado un abismo.

Podemos apoyar este aserto en mil pruebas. El haber sido religiosos tantos hombres superiores, ¿consistirá en haber ignorado las objeciones aducidas contra la Religion? No olvidemos que Bayle publicaba en la misma época sus dudas y sofismas. ¿Quién no sabe que Clarke y Leibnitz se ocupaban en combatir la incredulidad, que Pascal queria defender la Religion, que La Bruyere escribia su capítulo titulado *Los Espíritus fuertes*, y Massillon su sermón la *Verdad de una vida futura*, y por último, que Bossuet lanzaba sus palabras de fuego sobre los ateos? ¿Qué han visto, exclamaba, esos raros genios, qué mas han visto que el

resto de los hombres? ¡Cuán supina ignorancia es la suya, y cuán fácil seria confundirlos, si, tan débiles como jactanciosos, no temiesen ser instruidos! Por qué, ¿imaginan haber visto mejor las dificultades, por haber sucumbido á ellas, y los demás que las han visto las han despreciado? Nada han visto, nada entienden, y ni aun tienen sobre qué establecer la nada en que esperan despues de la presente vida, pues nada les garantiza ese miserable patrimonio.»

¿Y qué relaciones morales, políticas ó religiosas, se han ocultado á Pascal? ¿qué aspecto de las cosas ha dejado de tomar en cuenta? Si considera la naturaleza humana en general, hace de ella esta pintura, tan conocida y admirable: «Lo primero que se presenta al hombre cuando se mira, es su cuerpo, etc.» En otro lugar dice: «El hombre es una caña que piensa, etc.» Preguntamos: ¿Se ha mostrado Pascal un pensador vulgar, en todo esto?

Mucho se han extendido los escritores modernos acerca del poder de la opinion, pero Pascal es el primero que lo observó. Una de las cosas mas terminantes que Rousseau aventuró en política, se lee en el *Discurso acerca de la desigualdad de las condiciones*: «El primero, dice, que habiendo cercado un terreno, osó decir: *Esto es mio*, fue el verdadero fundador de la sociedad civil.» Ahora bien: esta es casi literalmente la espantosa idea que el solitario de Port-Royal expresa, si bien con mucha mayor energia: «Este perro es mio, dijeron unos pobres niños; este es mi lugar al sol; hé aquí el principio y la imagen de la usurpacion de toda la tierra.»

Y hé aquí uno de esos pensamientos que hacen temblar por Pascal. ¿Qué no hubiera sido este gran hombre, si no hubiese sido cristiano? ¡Cuán adorable freno es esa religion, que sin impedirnos dirigir atrevidas miradas en nuestro derredor, nos impide precipitarnos en el abismo!

El mismo Pascal ha añadido: «Tres grados de elevacion del polo trastornan toda la jurisprudencia. Un meridiano decide de la verdad ó de la breve fecha de una posesion. Las leyes fundamentales cambian, el derecho tiene épocas señaladas; singular justicia, cuyos límites son un rio, ó una montaña, y en cuya virtud, lo que es verdad á este lado de los Pirineos, es error al opuesto.»

Ciertamente, el mas osado pensador de este siglo, el escritor mas resuelto á generalizar las ideas para subvertir el mundo, no se hubiera expresado con tanta vehemencia contra la justicia de los gobiernos y las creencias de las naciones.

Los insultos que hemos prodigado por filosofía á la naturaleza humana, han sido mas ó menos tomados de los escritos de Pascal. Pero suprimiendo de este raro genio la miseria humana, no hemos podido descubrir tan bien como él su grandeza. Bossuet y Fenelon, el primero en su *Historia universal*, en sus *Advertencias* y en su *Política derivada de la Sagrada Escritura*, y el segundo en su *Telémaco*, han dicho todas las cosas esenciales acerca de los gobiernos. El mismo Montesquieu no ha hecho muchas veces otra cosa que desenvolver los principios del obispo de Meaux, como se ha notado con harta razon. Pudieran escribirse volúmenes de los diferentes pasajes favorables á la libertad y al amor de la patria, que se encuentran en los autores del siglo XVII.

¿Y qué no se intentó en este siglo? La igualdad de los pesos y medidas, la abolicion de los trajes provinciales, la reforma del código civil y criminal, la reparticion igual de los tributos: todos estos proyectos de que nos envanecemos han sido propuestos, examinados y hasta realizados, cuando se ha creído que las ventajas de la reforma han contrabalanceado sus inconvenientes. ¿No ha llegado Bossuet hasta el punto de pretender reunir la Iglesia protestante á la Iglesia romana? Al recordar que Bagnoli, Le Maître, Arnould,